



Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta

La clase media chilena y la dictadura militar

MARCELO CASALS A.



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

CONTRARREVOLUCIÓN,
COLABORACIONISMO
Y PROTESTA

MARCELO CASALS A.

Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta

LA CLASE MEDIA CHILENA
Y LA DICTADURA MILITAR



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE Chile, 2023

Casals A., Marcelo

Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar / Marcelo Casals. – Santiago de Chile : FCE, 2023

374 p. ; 23 × 17 cm – (Colec. Historia)

ISBN 978-956-289-291-9

1. Chile – Aspectos sociales – 1973-1988 2. Chile – Aspectos económicos – 1973-1988 3. Chile – Política y gobierno – 1973-1988 4. Comunismo – Chile I. Ser. II. t.

LC F3100 C37

Dewey 983.064 C135c

Distribución mundial para lengua española

© Marcelo Casals A.

D.R. © 2023, Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Av. Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

www.fondodeculturaeconomica.cl

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Coordinación editorial: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Diagramación: Macarena Rojas Lfbano

Fotografías de portada: Superior: Obra de Marcelo Montecino, 1973. Reproducida con permiso del autor. Inferior: Publicada originalmente en *Hoy*, N° 459, 5 al 11 de mayo de 1986, 7.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-956-289-291-9

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	17
1. Contrarrevoluciones, dictaduras y experiencias sociales autoritarias.	21
2. La elusiva clase media.	28
3. La formación de la clase media chilena	37
 Capítulo I	
<i>La insurrección de la clase media</i>	49
1. Allende en el poder: la “luna de miel”	51
2. El quiebre	57
3. El paro de octubre.	66
4. La clase media contrarrevolucionaria	75
5. Hacia el golpe	82
 Capítulo II	
<i>Aplaudiendo a los vencedores</i>	90
1. La “sincronización” de la clase media	90
2. El “trauma épico” de la Unidad Popular	106
3. Los ritos públicos	116
4. La justificación de la represión	122
 Capítulo III	
<i>Colaborando con el nuevo orden</i>	137
1. Participación social y corporativismo	138
2. Negociaciones. La clase media y la reapertura del Estado	149
3. Diplomacia civil: la clase media y la “campaña antichilena”	164
 Capítulo IV	
<i>Del Estado al Mercado</i>	178
1. Las reformas y la clase media.	180
2. Primeras reacciones: críticas económicas, adhesión política	188
3. El <i>boom</i> del consumo	196

4. “Modernizaciones” e “institucionalización”: la clausura del Estado	207
Capítulo V	
<i>La clase media y la “oposición moral”</i>	226
1. La clase media precarizada	228
2. El paradigma de los Derechos Humanos y la indignación moral.	239
3. Dos casos de estudio: Colegio de Abogados y Masonería	252
4. La crisis	268
Capítulo VI	
<i>La clase media democrática.</i>	276
1. La clase media y la explosión de las protestas	278
2. La clase media y la educación	293
3. La Asamblea de la Civilidad.	302
4. Derechos Humanos y anti-neoliberalismo	321
5. Hacia la restauración democrática	329
<i>Conclusiones</i>	339
<i>Fuentes y Bibliografía</i>	349

*A mis sobrinos León, Clarita, Jerónimo y Agustín. Que el
turbulento pasado que relata este libro ilumine el futuro que
les pertenece.*

*A la memoria de la historiadora Olga Ulianova (1963-2016),
maestra en tantos sentidos. Espero poder algún día estar
a la altura.*

AGRADECIMIENTOS

EN ALGÚN SENTIDO, este libro comenzó a pensarse cuando aún era un adolescente curioso, aunque sin las herramientas para llegar a respuestas sólidas. Mis inquietudes de entonces eran tan opacas como la vida de un joven de clase media de la capital chilena en los años 90. Casi a tientas y lleno de dudas, supuse que la historia podía darme claves de sentido de la realidad política y social que me rodeaba y que escasamente entendía. Ahí empezó todo, y en esa dirección espero que continúe. En esa búsqueda sin fin, además, aspiro a aportar al trabajo colectivo del estudio y la reflexión histórica de esta parte del mundo. Si de algo sirven todos estos desvelos, creo, es para iluminar nuestro presente siempre abierto e incierto con una comprensión compleja de la realidad, precisamente la que carecía en mis años adolescentes. Más que un faro hacia el cual navegar, la historia es la reflexión sobre el camino recorrido y las condiciones y decisiones que lo han definido. Allí radican las posibilidades emancipatorias del conocimiento histórico. Compartir mis hallazgos y presentar un grano de arena al debate político y social contemporáneo es, también creo, un aporte a la construcción de una comunidad verdaderamente democrática y civilizada. Espero que ese modesto y a la vez ambicioso objetivo se cumpla. Los lectores juzgarán.

Más allá de los orígenes remotos de la pregunta que anima esta investigación, lo cierto es que la escritura de este libro tomó mucho más tiempo del esperado. Supongo que a estas alturas ya es un mal endémico de investigaciones de largo aliento. El camino que se recorre suele terminar siendo muy distinto al proyectado, dados todos los desvíos largos o breves, las pistas que se dejen de lado y los descubrimientos que exigen revisar las hipótesis e intuiciones iniciales. Nada nuevo hasta aquí, como cualquier investigador de la historia (o de cualquier otra disciplina) lo ha experimentado. Como sea, si este libro llegó a sus manos fue porque en ese sinuoso y a ratos accidentado recorrido no estuve solo. Tuve y tengo la suerte de rodearme de maestros, colegas, familiares y amigos que nutren mi vida y que, además, aportaron de diferentes maneras a la finalización y publicación de este texto. A veces fueron datos útiles que permitían confirmar sospechas, otras preguntas incisivas que obligaban a explicaciones que evidenciaban mis dudas e inconsistencias. También hubo palabras de aliento o simplemente compañía, sin lo cual muchas de las cosas que se experimentan en estos proyectos pierden el sentido.

Las primeras formulaciones del problema aquí estudiado fueron realizadas en el marco del programa de Doctorado en Historia de América Latina de la University of Wisconsin-Madison, en Estados Unidos, que inicié en la primavera boreal del 2012. En ese entonces, el programa estaba dirigido por tres extraordinarios historiadores con quienes tengo una deuda difícil de saldar: Steve J. Stern, Florencia E. Mallon y Francisco Scarano. Una vez superados mis exámenes de candidatura —los temidos *prelims*—, Steve asumió las tareas de dirección de tesis. Su calidad humana, experiencia formativa e impresionantes dotes intelectuales permitieron canalizar mis muy toscas ideas en un tema concreto y abaricable, y finalmente en una tesis terminada que defendí en mayo de 2017. Podría llenar varias páginas en agradecimiento, pero estoy seguro de que incomodaría la modestia natural de Steve. Valga decir, a modo de injusto resumen, que si alguna virtud hay en este libro y en mi trabajo como historiador, se debe a las enseñanzas, orientaciones y lecturas de Steve Stern. Para él, mi primer y más sentido agradecimiento.

En Madison, además, tuve la suerte de estar acompañado de compañeros y amigos talentosos. A través de largas discusiones, lecturas en común y más de una cerveza, Ingrid Bolívar, Adela Cedillo, Viviana Quintero, Jake Blanc, Bridgette Werner, Geneviève Dorais, Jessica Kirstein y Valeria Navarro, entre otros, dieron forma de una u otra manera al proyecto del cual deriva este libro. A ellos se sumaron estudiantes de otras disciplinas que también aportaron lo suyo, como Jackson Foote, Jaime Vargas Luna, Alec Shumacher, Jorge Zeballos, Paula Henríquez y José Ignacio Medina. Mis agradecimientos también a Isabel Suárez.

En Santiago recibí la ayuda de muchísimos colegas y amigos. Las brillantes historiadoras Verónica Valdivia y Olga Ulianova aportaron con pistas y sugerencias en los inicios de la investigación de campo. También ayudaron mis queridos amigos de la ya fenecida *Revista Red Seca*, una comunidad política, intelectual y de otras cosas de la que no paro de aprender. Gracias Mauricio Salgado, Javier Castillo, Luis Thielemann, Joaquín Fernández, y a todos los que pasaron por sus filas. También mis reconocimientos a mis colegas Andrés Estefane, Juan Luis Ossa y Andrés Baeza, compañeros y amigos en este oficio hace ya un par de décadas. Los tres me escucharon varias veces hablar sobre los temas tratados en este libro, y no dejaron escapar ningún punto débil de la propuesta. Alfredo Riquelme siempre ha sido un referente para las muchas dudas que me asaltan desde aquel lejano día en que se convirtió en mi profesor, y luego en mi amigo. Alfredo no solo leyó versiones parciales de este manuscrito, sino que también me ayudó a llegar a un título que me convenciera, y no es primera vez que lo hace. Tanya Harmer y Eugenia Palieraki —historiadoras de primer nivel— me honran con su amistad y sus consejos siempre certeros en la a veces ingrata vida académica. El ramillete de historiadoras/politólogas compuesto por Isabel Castillo, Paula Lekanda y Mariana Perry aportaron con años de amistad, humor

y discusiones más serias sobre la investigación en curso. Marianne González Le Saux, Patrick Barr-Melej y Azun Candina lo hicieron desde sus conocimientos ya maduros en el estudio de la clase media chilena.

En mi breve paso como investigador del desaparecido Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez pude compartir con colegas de primer nivel humano e intelectual. Sin duda lo más valioso de esa institución. Allí me encontré con los ya mencionados Andrés Estefane y Juan Luis Ossa, pero también con Francisca Rengifo, Macarena Cordero, Mariana Labarca, Javier Wilenmann, Aldo Mascareño, Nicole Gardella, Rafael Alvear, José Antonio Errázuriz, Andrea Repetto y Carolina Apablaza, entre tantos otros. Cada uno aportó a su manera. Los estudiantes del Doctorado en Procesos e Instituciones Políticas de la Escuela de Gobierno, en el que enseñé mientras fui parte de esa universidad, me invitaron un par de veces a hablar sobre el tema de este libro. De vuelta recibí observaciones y sugerencias inteligentes, muchas de las cuales fueron incorporadas. También colaboraron los distinguidos catedráticos de la Escuela de Derecho en sus largas y animadas jornadas de almuerzo, liderados por el infatigable Samuel Tschorne. Samuel, dueño de una curiosidad intelectual sin límites, es quizás la persona que más preguntas me ha hecho sobre esta investigación, y en más de una vez me puso en apuros. Gracias, Samuel.

José Miguel Corrales, Matías Correa, Pato Mena, Mariano Tacchi, Gerardo Valle, Sergio Pastene, Macarena Ríos, Francisca Santana, Nicolás Lema, Rafael Gaune, Matías Bascuñán, Manuela Ossa, Bárbara Silva y Víctor Brangier me han honrado —y lo siguen haciendo— con su amistad, y más de alguna vez tuvieron que aguantar mis reflexiones en voz alta en torno a este libro. Lo siento, muchachos. El glorioso Club Deportivo Universidad Católica ha aportado con alegría tras alegría en los últimos años, aunque sé que nada es para siempre. Mis padres y hermanos también estuvieron presentes. Algunos preguntando sobre la investigación en curso, otros ayudándome a derribar obstáculos institucionales y llegar a los archivos de organizaciones de clase media, como fue con el caso de los archivos del Colegio de Abogados y la Gran Logia de Chile, por intermedio de mi hermana María Josefina y mi padre, Marcelo, respectivamente. Lo que más hubo, y más valoro, fue compañía y afecto, multiplicados después cuando uno a uno empezaron a llegar a este mundo mis sobrinos. No podría pedir nada más.

En el desarrollo de la investigación y todo lo que ello implica hubo personas que aportaron con su trabajo y compromiso, muy por encima de lo requerido. Alejandra Araya González me ayudó cuando todo esto no era más que un proyecto doctoral apurado y a tientas. Francisca Espinosa supo maniobrar por los difíciles terrenos de los archivos que no son archivos, o todos esos libros de actas antiguos y empolvados guardados en estantes olvidados que muchas organizaciones no consideran relevantes. Gorka Villar también tuvo que pasar por eso, y además me acompañó durante buena parte

de esta investigación. Disfruté de su trabajo, simpatía y amistad, y lo sigo haciendo. Tuve el honor inmerecido de contar con la asistencia de un joven y brillante historiador del que no paro de aprender. También mis agradecimientos para todos aquellos funcionarios de archivos —oficiales o no— a quienes molesté más de alguna vez: Karina Puentes, de la Confederación Nacional de Dueños de Camiones de Chile; Orlando Sharp, de la Confederación de Comercio Detallista; Mariela Miranda, de la Biblioteca del Colegio de Abogados; Viviana Olave y Moisés Pastríán, de la Asociación de Dueños de Camiones de Santiago, y Roberto Gesche, del Colegio de Ingenieros de Temuco. También a Manuel Bravo y José Manuel Pérez, del Archivo de la Gran Logia de Chile; Maddalena Maggi y su equipo, de la Sección Procesamiento de Prensa de la Biblioteca del Congreso; Rómulo Salas Paillalef, archivero que sabe mezclar la diligencia y la intuición con una simpatía a prueba de todo, del Archivo Regional de la Araucanía en Temuco. Los funcionarios del Salón de Investigadores, Hemeroteca, Prensa, Sala Medina y Sección Chilena de la Biblioteca Nacional me han ayudado ya desde hace un par de décadas, pero fueron mi salvación cuando la pandemia de covid-19 empezó a darnos algunos respiros y algunas de las dependencias de la Biblioteca pudieron reabrir. Lo mismo vale para Paula Caffarena, directora del Centro de Investigación y Documentación (CIDOC) de la Universidad Finis Terrae, quien me dejó consultar la generosa hemeroteca de ese lugar cuando era casi imposible hacerlo en otra parte. El CIDOC y la Escuela de Historia de dicha universidad, además, me acogieron entre sus filas como investigador y profesor desde mediados de 2022, algo que me llena de alegría. Gracias también al fotógrafo Marcelo Montecino por permitirme usar su espléndida foto en la portada de este libro.

Fondos provenientes de la University of Wisconsin-Madison, de la Universidad Adolfo Ibáñez y de la antigua Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT, hoy Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, ANID) del Gobierno de Chile aportaron con los recursos necesarios para este tipo de cosas. CONICYT/ANID financió mis estudios doctorales a través del programa Becas Chile, y luego aprobó mi propuesta para profundizar y extender este tema con el proyecto Fondecyt Iniciación N° 11180155. Sin el financiamiento estatal a la formación y la investigación no podría autodenominarme historiador ni tampoco este libro existiría. Con estos fondos, además, pude discutir avances parciales y resultados finales con colegas de distintas latitudes, tanto en Santiago y en Valdivia como en Belo Horizonte, Lima, New York, Buenos Aires, Oxford, Madrid, Venecia y Barcelona. Allí tuve que resistir las embestidas de colegas de enormes capacidades, como Rodrigo Patto Sá Motta, Ernesto Bohoslavsky, Alan Knight, Eduardo Posada-Carbó, Fernando Camacho o Vanni Pettinà. Muchas veces me pusieron contra las cuerdas, cual *sparrings* exigentes. Si los eventos académicos tienen algún sentido, es precisamente para contar con mentes agudas a tu disposición y testear hipótesis o resultados. En Barcelona, además, pude

contar con la hospitalidad del Centro d'Estudis sobre Dictadures y Democràcies (CEDID) de la Universitat Autònoma de Barcelona durante una estadia de investigación que acabó justo antes de que el mundo se paralizara por la pandemia de covid-19. Gracias especialmente a Ricard Martínez i Muntada, Martí Marín Corbera, Pere Ysàs y Carme Molinero por la simpatía, ayuda e interes por mi investigación.

Mis agradecimientos también a Rafael López Giral, director de la filial chilena del Fondo de Cultura Económica, por cometer la imprudencia de confiar en este proyecto y en este libro. Bienvenidos sean los imprudentes en la industria editorial. Por último, pero no menos importante, muchas gracias al Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio del Gobierno de Chile, quien reconoció a esta obra con el Premio de Investigación en la categoría inédita el año 2021. Un honor inesperado.

Por supuesto, todo error o inconsistencia que pueda presentar este libro es de mi exclusiva responsabilidad.